

El arte involuntario como construcción sintáctica Clément, Gilles (2024). *Breve tratado del arte involuntario*. Barcelona: Puente editores. 103 pp. ISBN: 978-84-127124-6-9

José J. Parra-Bañón
Universidad de Sevilla

<https://dx.doi.org/10.5209/aris.94494>



Gilles Clément es el inventor tanto de *El tercer paisaje* como de *El jardín en movimiento*. Es el compositor de títulos, denominaciones, eslóganes afortunados que cobijan ideas pertinentes que después son amplia y benévolamente acogidas por la teoría general y por la crítica especializada en filosofía, en botánica y en arquitectura. Puente editores, con el proverbial esmero que ya caracteriza su catálogo, publicó a inicios de 2024 su *Traité succinct de l'art involontarie* (2014): su *Breve tratado del arte involuntario*. *Textos, dibujos y fotografías*, que apenas alcanza a cuarenta páginas hisopadas con escrituras y a sesenta con imágenes. La legítima transformación de lo sucinto en brevedad no altera el significado onomástico de este compendio ejemplar, aun cuando no son estos términos exactamente sinónimos, pues lo relevante no es aquí la extensión, o si es un ensayo o un tratado, un breviario o un evangelio, o acaso un nuevo manifiesto, sino la sugerencia, el descubrimiento, la invención de un supuesto «arte involuntario» que, virginal, es desvelado y sacado a la luz exterior (profanado). Con toda probabilidad el arte involuntario, la expresión «arte involuntario», pasará a formar parte, a pesar de su escasa edad, de los índices y la terminología de las ciencias estéticas. Abrirá un capítulo autónomo de la taxonomía del arte de cuyo éxito nominal no se debe tener duda alguna. Ahora bien, la construcción sintáctica «arte involuntario» se alimenta de una contradicción: es un oxímoron, pues el concepto clásico de arte se fundamenta en la voluntariedad,

en la intencionalidad que lo distingue (proponía Octavio Paz en *Garabatos* a partir de Duchamp) de, por ejemplo, la artesanía o la contingencia.

Tras pontificar que: «Para aquellos que saben mirar, todo es arte», el «arte involuntario», según lo define su autor en los primeros párrafos de su escueta redacción, es: «el feliz resultado de una combinación imprevista de situaciones o de objetos organizados conforme a unas reglas de armonía dictadas por el azar» (13). Para demostrarlo establece ocho categorías (Vuelos; Acumulaciones; Islas; Construcciones; Erosiones; Instalaciones; Huellas y Apariciones) a las que ilustra con un heterogéneo repertorio de fotografías, de obras inconscientes y de panorámicas tomadas en sus desplazamientos por el mundo, y con sintéticos dibujos autógrafos de trazos discontinuos que acompañan, cual testigos visuales, a las palabras. Como conclusión, el paisajista jardinero francés afirma que: «Es la mirada la que construye el paisaje, y es la memoria donde se queda», y añade: «La imagen sublime de un instante se convierte en arte y, a través de ese inevitable proceso de apropiación del espacio, el arte se convierte en patrimonio» (99). Parece obviar en su postulado aquel axioma que formuló José Saramago en las primeras líneas de su *Levantado do chão* (1980): «Lo que más hay en la tierra es paisaje. Por mucho que falte lo demás, paisaje ha sobrado siempre», aunque Clément, antes de despedirse, reconoce que la impune apropiación del paisaje por la mirada y la consecuente conversión de este secuestro en competencia del arte patrimonial «completa su viaje y muere en gran sacralidad» en los museos.